

por Ana Melendi Santillana

La casa de la palabra

En Malí, en un pequeño poblado perdido, se halla la casa de la palabra. La gente de la tribu va allí a negociar, para llegar a acuerdos y solucionar conflictos. Aquella casa se levanta sobre columnas de fango prensado y no tiene paredes. Sólo está cubierta por un tejado de paja y ramas. Sin barreras ni muros, las palabras pueden fluir, volar a su aire y danzar entrelazándose unas con otras.

La casa mide un metro veinte de altura, aproximadamente. Para poder entrar en ella es preciso agacharse y bajar la cabeza. Así, quien entra recuerda que es preciso ser humilde para comunicarse con los demás. La casa de la palabra no tiene muebles. Los que van a dialogar se sientan unos frente a otros. Si uno de los negociadores, llevado por la ira o por la pasión de la discusión, se levanta agitado, se da un fuerte golpe en la cabeza con el techo. El dolor que siente le recuerda que es necesario ser paciente y que dejarse llevar por la emociones sólo sirve para finalizar el diálogo.

Viajamos por la vida con maletas llenas de experiencias bien distintas. Nuestros paisajes emocionales tienen colores variados. Los conflictos y crisis aparecen en nuestro día a día. Se hace necesario paliarlos de forma adecuada. En mi opinión, aplazar indefinidamente la expresión de las inquietudes o sensaciones así como manifestarlas en cualquier momento y de cualquier forma, no es bueno.

La casa de la palabra (y sentimientos) de Malí nos recuerda la importancia de la humildad y la necesidad de comunicarnos y dirigirnos al otro partiendo de nuestra propia casa mental, bien limpia y ordenada, y de un jardín emocional bien cuidado. De esta forma las palabras, en lugar de ser dardos que hieran, se convertirán en verdaderos puentes de diálogo.

IN MEMORIAM

¡Oh, lento padecer!

*Que estás pero no estás,
siento, deseo y me desespero.*

*Impotencia fría,
inquietud y profunda agonía.*

*Llegará el momento de tu partida,
lo presiento, se escapa la vida,
tu vida.*

Y con ella parte de la mía.

*Estarás en lo más alto,
allí donde se brilla,
dando luz a nuestros días
caminando, leyendo, soñando.*

*Guíanos tú, padre del alma
y a mamá, tu amada,
que solo Dios sabe el amor que os embarga.*

*Perdurarás en el tiempo
por tu bondad, coraje y ejemplo.*

*Papá, abuelito, amigo
gran tesoro.*

Te queremos.

P.S. Mi más profundo agradecimiento a mi familia, mi gente y a todos los que habéis estado conmigo aportando vuestro calor, esperanza y ánimo. GRACIAS.

Ana MELENDI

Me gusta tener el privilegio de poder tratar asuntos más profundos y reflexivos con mis compañeros y amigos. Curiosamente hace unos meses se suscitó el interés por el tema del miedo. Me pareció tan curioso que... ¡ahí va mi pequeña aportación!

EL MIEDO

El miedo es como una cadena que nos impide caminar, como una camisa de fuerza que no nos deja movernos, como una cárcel invisible que nos priva del placer de la libertad.

Por miedo nos privamos de contemplar los fantásticos paisajes que están más allá de la frontera del temor. Por miedo nos negamos a caminar, a descubrir nuevos caminos y nuevos horizontes y nos conformamos con la mediocridad rutinaria y no nos atrevemos a ser nosotros mismos, nos negamos y nos contradecemos.

Es precisamente el miedo el que no nos permite hacer lo que nos gustaría y, en ocasiones nos lleva a sentir opresión.

A veces "tengo miedo" de dejarme llevar por el miedo. Pero no, no quiero perder la sana locura, y la conquista de mi libertad porque la sana locura (disfrute, coherencia consigo mismo) y la libertad son dos pilares básicos que sostienen al genuino ser humano.